

LA DEBILIDAD DEL MESÍAS

Historia de la tradición de las profecías mesiánicas en el AT

Toda actitud profética que pretenda situarse en la línea mesiánica del AT deberá analizar ante todo dos puntos: de quién recibe su fuerza operante en la historia y de qué medios se sirve. ¿Es un mesianismo «receptivo» que sabe que el propio compromiso es el compromiso de Dios en la historia, o es un mesianismo basado en las propias obras? ¿Trata de liberar a los hombres con el poder o en la impotencia, con el señorío de la fuerza o con el servicio? El análisis de la tradición mesiánica veterotestamentaria nos sitúa inevitablemente ante estas cuestiones.

Die ohnmacht des Messias. Zur Überlieferung der messianische Weissagungen im AT, Kerygma und Dogma 15 (1969) 18-34

La fe de Israel transforma pasado y presente en futuro. De este modo la espera mesiánica se origina a partir de la institución de la realeza. El porqué del paso del "ya sí" al "todavía no" se nos escapa. La decepción provocada por la monarquía no basta para explicarlo. También el éxodo, la alianza del Sinaí y la creación se convierten en el AT en acontecimientos escatológicos, esperados. ¿No hemos de reconocer aquí una tendencia esencial de la fe de Israel? La "desilusión" no ha podido ser siempre el motivo o la ocasión de la esperanza en un futuro. Incluso el recuerdo de la grandeza de David es más un momento del que se sirve la esperanza para representarse el futuro, que el motor de esta esperanza. Por otra parte hay que tener en cuenta que la esperanza en el futuro es la condición de toda actitud crítica ante el presente. El futuro mesiánico posibilita la relativización del presente monárquico.

El AT no utiliza el título "mesías" para designar al rey futuro. Por ello la designación "profecías mesiánicas" no es unívoca. No podemos tampoco delimitar exactamente los textos correspondientes para captar nítidamente el contenido del término. Por otra parte las cuestiones sobre la antigüedad, origen y autenticidad de los textos que hablan de la esperanza mesiánica deben permanecer abiertas todavía.

Con tales presupuestos planteamos nuestro tema: ¿se puede reconocer una transformación en la serie sucesiva de promesas particulares? La opinión corriente afirma que Israel aguarda un señorío real: ¿sucede realmente así? ¿la esperanza de Israel se orienta hacia un mesías poderoso?

ISAIAS: EL MESIANISMO COMO ESPERANZA DE PAZ ESCATOLÓGICA

"Nos ha nacido un niño..."

Si nos limitamos a lo que es verificable con alguna seguridad nos encontramos con que la serie de profecías mesiánicas comienza con Is 9, 1-6. Se trata de la promesa de una gran luz que aporta la alegría a los que viven en tinieblas. Esta promesa se fundamenta en la liberación de la opresión política y a partir de este otro motivo: "Porque nos ha nacido un niño; un hijo se nos ha dado. El señorío viene sobre sus espaldas. Su nombre es consejero maravilloso, Dios fuerte, padre para siempre, príncipe de la paz. Amplio es

el señorío y la paz sin fin en el trono de David y su reino, mientras está establecido y protegido en el derecho y la justicia desde ahora para siempre".

En estos versos finales se encuentra el punto supremo de la unidad. La alegría se funda en la aparición del hijo del rey. Por eso se le describe con abundancia de detalles. Se trata de un príncipe, pero de un "príncipe de paz". Ahora bien, este título no le corresponde solamente porque haya eliminado definitivamente la guerra y, en este sentido, haya traído "escatológicamente" la paz. Más bien el mesías mismo -nombre que designa la figura que aquí se presenta- no lleva ya a término ninguna guerra. Es decir, él no trae propiamente el futuro que transforma la actual situación histórica. Es Dios en persona quien dirige la guerra, quien libera de la opresión política y quien precede necesariamente al reino de paz. El mesías aparecerá después que Yahvé haya socorrido la necesidad: toda eficacia proviene únicamente de Él. Por eso el v 6b ha de ser entendido correctamente así: "el celo de Yahvé sebaot lo realizará". Queda subrayada así la total pasividad del mesías: gobernará un reino que no ha adquirido él sino Dios.

¿Cómo se llega a esta pasividad? Desde el punto de vista de la historia de la tradición quizás haya que buscar el motivo en un tema que se introdujo en las tradiciones mesiánicas: el de la "guerra santa" que es conducida siempre por Dios. Ya en los salmos reales -y sobre las tradiciones reales se forman las mesiánicas- se inicia la diferencia entre Dios y el rey (cfr Sal 110; 20; 21; etc.). Aun aceptando algunas divergencias en los salmos es del todo impensable que éstos digan del mesías lo que en el Sal 2, 8ss se dice del "rey" (por ejemplo: a las gentes "las quebrarás... "). El mesías es indudablemente un príncipe, pero no tiene todas las características que suelen tener los príncipes, y ni siquiera todas sus prerrogativas: su acción alcanza únicamente la preservación de la paz y de la justicia. Llamarle "héroe divino" no hace más que acentuar la paradoja de que se trate de un héroe que no ejecuta nada heroico. Quizá por esto falta también el título de "rey". Por otra parte, el texto de Isaías acusa otra transformación: a saber, la guerra se humaniza, ya que en ella -a diferencia de las antiguas tradiciones (cfr 1 S 15; Jos 8, 22; 10, 22ss; Dt 13, 15ss; etc.)- no se alude a matanza alguna ni se dice que pueblo alguno haya de ser sometido al yugo. Más aún, parece que la guerra misma va a ser abolida al ser echados al fuego sus instrumentos.

Ahora bien: a pesar de la clara distinción que acabamos de constatar entre mesías y Dios, ambos aparecen aquí vinculados también entre sí, y con una claridad que no se da en ningún otro lugar del AT. En efecto, "consejero maravilloso", "Dios fuerte" y "padre" son títulos divinos. El mesías es, pues, casi igual a Dios. Lo cual supone una escatologización de las representaciones que los pueblos vecinos se hacían del rey: Israel las adopta situándolas en el horizonte de su esperanza.

El brote de Jesé

Un segundo fragmento (Is 11, 1-8) independiza y amplía la esperanza mesiánica. El autor del acontecimiento esperado es ahora el mesías mismo, no Dios. Y en el pasaje se menciona el don del Espíritu en la línea de Is 9 y, también como en este fragmento anterior, se insiste en acentuar el justo gobierno del Señor futuro.

Dicha profecía nos describe plásticamente, en primer lugar, la llegada del mesías: "Un brote nace del tronco de Jesé y un retoño surge de sus raíces" (v 11. Se enumeran luego

las cualidades obradas en él por el Espíritu: "Reposará sobre él el espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de temor de Yahvé" (v 2). A continuación se nos expone lo que será su misión: "...No juzgará por las apariencias, ni sentenciará de oídas. Juzgará con justicia a los débiles y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra. Herirá al hombre cruel con la vara de su boca, con el soplo de sus labios matará al malvado" (vv 3-4). Se concluye finalmente la caracterización con esta imagen: "La justicia será el ceñidor de su cintura, y la fidelidad el cinturón de sus costados" (v 5).

Así pues, el prometido tiene también su origen en David, pero no procede del linaje real existente. Procederá de David, pero no de su dinastía. La vuelta al origen davídico -o, al menos, a una línea lateral- representa una crítica a la casa reinante: lo que ahora existe no ha de continuar. La profecía mesiánica tiene, así, un elemento de oposición. Pero las cualidades del señor venidero están fuertemente acuñadas en la tradición real de Israel; por esto el mesías no es colocado en la cercanía de Yahvé (a excepción de los títulos de Is 9). Se le otorgan, por ejemplo, aquellos dones que Salomón había pedido ya para sí (1R 3, 12ss) o que designan el señorío de la paz (Jr 9, 5). El que ha de venir trae consigo lo que se había expresado ya desde hace tiempo en la tradición. Las cualidades del mesías no superan las contenidas en la tradición, pero se concentran en su imagen.

Así, la figura tradicional del rey se dilata en la esperanza: sabiduría y entendimiento no se limitan al gobierno y a la administración de la justicia, sino que se entienden de modo más amplio y general. El Espíritu "descansará sobre él" permanentemente y no le será arrebatado como sucedía con Saúl o los jueces. Pero todo lo que es el mesías, se lo debe -también en Is 11- a Yahvé: incluso aquello que podría ser fruto del trabajo humano (Is 5, 21), el conocimiento y el temor de Dios, son dones. Es Dios mismo quien da la justa comprensión de Él y la posibilidad de obrar en consecuencia, pues "espíritu" para el AT significa "fuerza, capacidad". Lo que se lleva a cabo cuando la justicia es firme cimiento del tronco se realizará ahora profusamente. El derecho es perfecto porque el rey no juzga según las apariencias: nada le está escondido. Al atender a los socialmente débiles no hay ya más injusticia en la comunidad.

Con la expresión "golpea con la vara de tu boca" se corrige una determinada imagen del rey (Sal 2, 9). El cetro del mesías es su palabra. Pero en esa palabra se halla el poder del cetro. Además, los presupuestos de la paz de Is 9 -batallas y victoria- son silenciados. Todo lo cual corresponde a la acción actual en la que Dios no aparece como autor directo del acontecimiento: su obra consistía en conducir la guerra que traía la paz sin fin.

La acción del mesías no tiene el alcance de una actividad política exterior. El señor futuro parece renunciar, en parte, a sus posibilidades; quizá se evita por esto el título de "rey", en lucha con pueblos extranjeros. El mesías se enfrenta sólo con los malhechores. Su actividad se limita a la administración de la justicia.

Un primer apéndice (v 6-8) amplía el reinado de la paz hasta englobar el mundo actual. Se trata de una paz cósmica: no se limita a los pueblos. Otro apéndice determina más esta tendencia universalizante de la profecía: los pueblos se reunirán alrededor de la "raíz de Jesé".

MIQUEAS: ¿MESIANISMO POLITICO?

Lo dicho hasta aquí no parece que pueda fundamentar una figura mesiánica con rasgos políticos. En cambio, sí que al menos parece que sea ésta la concepción que puede hallarse en Mi 5, 1-5. Por lo demás, aunque el texto original sea dudoso, podemos aproximarnos a él purificándolo de las adiciones tardías (vv 2, 3b y 4b-5a).

La profecía sobre Belén (vv 1 y 3a)

En su primera parte el texto diría así: "Mas tú, Belén-Efratá, tú, (aunque eres) la más pequeña de las ciudades de Judá, de ti (me) ha de salir aquel que será señor de Israel, y cuyo origen se remonta al tiempo antiguo, desde los días de antaño. Él se alza firme y apacienta con la fuerza de Yahvé, con la majestad del nombre de Yahvé, tu Dios".

Hasta aquí la profecía se mueve en la línea de Is 11, 1ss, aunque la critica a la casa reinante sea más aguda: el mesías no procede de la capital, Jerusalén, sino de un villorrio, Belén. Más aún, en el futuro retorna el pasado remoto: "tiempo antiguo", en efecto, pretende recordar una temprana historia (cfr Am 9, 11). Asimismo el mesías, como lugarteniente de Yahvé -aquí habla Dios en primera persona-, rige con poder y majestad divinas (como en Is 9, 5 y 11, 2) y se evita también darle el título de "rey".

Las adiciones de los vv 2 y 3b atienden, una vez más, a la diferencia entre Dios y el mesías. Y al menos parece que el retorno de los que están en la diáspora no se atribuye al mesías.

El acento político (vv 4a y 5b)

A partir del v 4 la perspectiva profética parece cambiar con respecto a todo lo dicho anteriormente. ¿Se trata de una adición o pertenece al original mismo?

He ahí el texto: "El será la paz. Nos libraré de Asur, si invade nuestra tierra y pisa nuestro territorio". Así pues, el futuro señor actuará "políticamente", sin contentarse con ofrecer la paz. Su nombre es paz y salvación, y sin embargo él mismo libera del poder asirio.

Estas palabras (ampliadas) de Miqueas suponen un cambio profundo respecto a Isaías y una vinculación más fuerte con los salmos de la realeza. Pero, a la vez y por el contrario, preparan así futuras promesas (como Ez 34, 23) al asignar al mesías la tarea de "apacentar" que antes hemos consignado.

DEL MESÍAS REY AL PASTOR DE ISRAEL

La profecía de Jeremías

Jr 23, 5s se sitúa en un contexto dado de antemano: el creado principalmente por Isaías, cuyas profecías han terminado por imponerse. Quizás así se explica un lenguaje tan poco personal: "Mirad, vienen días -oráculo de Yahvé- en que suscitaré a David un

retoño justo: reinará como rey que obra sabiamente, ejercerá el derecho y la justicia. En sus días Judá sabrá de salvación e Israel vivirá en seguridad. Y éste es el nombre que se le dará: *Yahvé es nuestra justicia*".

Las características de la profecía son las conocidas en la tradición ("retoño", "justicia", "sabiduría") y no se habla más de poder político ni de guerra. El talante pacífico del señorío futuro se ha convertido en algo evidente, de tal forma que ya no hay razón para omitir el título de "rey". Y en cambio, no se da aquella dilatación universal del señorío que se testimoniaba en Isaías y Miqueas. El reino queda limitado al país. Con todo, al garantizar la seguridad a Israel y Judá quedan excluidas las invasiones de los pueblos enemigos. Así se trascienden, de alguna manera, las propias fronteras. Por lo demás, Jeremías sigue acentuando la diferencia entre Dios y mesías (cfr v 5a y la pasiva de 6a).

Las profecías de Ezequiel

Ezequiel subrayará todavía más esta diferencia entre Dios y mesías (17, 22ss). Yahvé es pastor y entroniza como pastor a su siervo. La acción del mesías queda totalmente circunscrita por la de Dios. Ezequiel parece seguir la línea de Jeremías: "sucitaré para ellos un pastor único..." (34, 23).

Otros títulos decisivos son "siervo" y "príncipe", acuñados ya en tradiciones precedentes (cfr Ex 22, 27). Uno y otro definen el rango y la tarea del "Señor", pero sobre todo expresan -con más fuerza que el título de "rey"- la dependencia y subordinación a Dios. En todo caso, la tarea que no ejercerá el mesías será la de guerrear.

"Apacentar" se refiere más bien a la tarea de agrupar y proteger, aunque el auténtico pastor siempre será Dios. De esta manera no se da una posibilidad de acción para el mesías: como pastor "único" se convierte en el símbolo de la unidad del pueblo de Dios, como se dirá más claramente en otras profecías (cfr Ez 37, 22ss). En esta línea situaba al mesías también Oseas (2, 2) que, con la designación del título de guía carismático del tiempo anterior a la monarquía (Nm 14, 14; Jc 11, 8), evita el título de rey. Más aún, lo que le correspondería como rey ha sido transferido definitivamente a Dios.

LAS PROFECIAS POST-EXÍLICAS: EL MESÍAS SIERVO

De Ageo a Zacarías

En el tiempo postexílico Ag 2, 20-23, que proclama a Zorobabel como señor futuro ya próximo, sigue manteniendo la distancia entre la actividad de Dios y la del mesías. Es Dios quien derroca los poderes enemigos, destruye no a los pueblos sino su fuerza militar. Ageo coincide así con Is 9, 4ss. Toda actividad sigue estando, pues, en manos de Dios. El mesías es sólo servidor -sin tarea propia-, un funcionario del señorío de Dios.

Zacarías, por su parte, distinguirá "dos ungidos" que presiden dos comunidades distintas: política una, cultural otra. La distinción sorprende, pues la misión del mesías político será edificar el templo. En las últimas profecías mesiánicas de Zacarías (9, 9s) la transformación de la imagen tradicional del rey llega a su apogeo en el AT. Se trata

ciertamente de un rey, pero despojado de todo atributo real: "Alégrate, hija de Sión; lanza gritos de júbilo, hija de Jerusalén. Mira que tu rey se te aproxima, justo y necesitado de ayuda, pobre y montado en un asno, en un pollino, cría de asna. Yo suprimo los carros de Efraím y los camellos de Jerusalén. Los arcos serán destruidos. El anuncia la salvación a los pueblos. Y señorea de mar a mar, desde río hasta el fin de la tierra".

Mientras que antes la obligación del rey era estar de parte de los pobres (Is 11, 4) ahora el rey mismo es un pobre, necesitado de ayuda. Esta sorprendente visión no está exenta de paralelismos en la tradición, pero aquí se agudiza: manifiesta la total dependencia del rey con respecto a Dios. Más aún, el predicado "pobre" es desconocido en las profecías mesiánicas. De modo semejante, al añadir el predicado "justo" se introduce un nuevo matiz más pasivo: "uno que ha recibido el derecho" (Is 53, 11). La entrada, montado en un asno -si bien lo hacían así los reyes de antaño-, expresa la humildad del personaje y la paz que trae: el caballo, animal de combate, ha sido suprimido.

El conjunto como tal nos plantea una cuestión: el *ethos* de los "pobres en el país" o, al menos, el de la comunidad postexílica, políticamente no activa, ¿se ha impuesto en la esperanza mesiánica? Lo cierto es que conocemos muy poco acerca de las esperanzas de los distintos grupos de población de Israel y que las esperanzas superan siempre la propia situación, y por consiguiente apenas podemos aclararnos a partir de la situación social. En todo caso lo cierto es que no es correcto decir que aquí se exprese sólo una esperanza de tipo cultural, montada en la renuncia a toda actividad política exterior. Se trata, más bien, de la esperanza de un reino de paz, en la línea de Isaías. También aquí se destruyen tan sólo los instrumentos guerreros, y Dios sigue siendo el único que actúa. Y del mismo modo que en Is 11, 4 el cetro se convertía en la "vara de su boca", aquí el "señorío de paz" se convierte en "*anuncio* de paz".

El dominio se universaliza. El señorío universal que antes se decía respecto al rey (Sal 2, 8; 18, 44; 72, 8) y que sólo indirectamente o en adiciones posteriores se anunciaba del mesías (Mi 5, 3...) se introduce aquí en el seno mismo de esta expectación mesiánica: se universaliza allí donde se adhiere a la bajeza del que viene.

Deuteroisaías: los cantos del siervo

Las últimas profecías mesiánicas del AT colocan decididamente al futuro rey en la pobreza. Por esto los intérpretes se sienten remitidos en su lectura a los *cantos del siervo*: Is 42, 1-4; 49, 1-6; 50, 4-9; 52, 13-53, 12).

Estos cantos no son promesa ni señalan el futuro ni hablan de un rey, pero se adivinan en ellos una serie de relaciones con las profecías mesiánicas. También al mesías se le atribuye el título de siervo -aunque sea sólo a partir del exilio o después de él- y no se dice que proceda de David. Al parecer, el origen davídico ya no es constitutivo del mesías.

Es verdad, con todo, que los cantos -en distinta medida- están determinados por tradiciones de realeza, especialmente el primero: los vv 1-4, en efecto, cuadran más a la tradición de la realeza que a las tradiciones proféticas. En el segundo domina la tradición profética, pero configurada con reminiscencias de otras tradiciones -sobre todo

la de la realeza (vv 2-3). En el tercer canto asoma totalmente la tradición profética (próxima a Jeremías) y desaparecen todos los títulos de exaltación, por lo que hace de transición entre los dos primeros cantos y el cuarto. En fin, este último presenta claramente la humillación del siervo, antes sólo anunciada; aquí el sufrimiento vicario del siervo no deriva de la tradición real. Pero es curioso notar que ésta vuelve a resonar, por ejemplo, en la presentación del siervo ante el mundo y en su exaltación sobre pueblos y reyes. Aparecen diversos motivos mesiánicos ("justo", "implantación del derecho", "retoño") pero la tradición de la realeza se ve corregida, y la aparición del siervo no es señorial en absoluto.

Aunque la exégesis de estos cantos no es unánime parece cierto que están tejidos a base de tradiciones diversas y se puede reconocer en ellos la misma tendencia que se detecta en la sucesión de profecías mesiánicas: el influjo de la tradición real desde el primero al último va en retroceso, hasta que por fin Is 53 dibuja una imagen totalmente opuesta. Cada uno de los cantos va acentuando más positivamente la impotencia del siervo.

En la nueva interpretación de la figura regia se mezclan motivos de profecía y de lamentación. Así se intenta pensar simultáneamente el señorío y la bajeza del personaje anunciado. Por esta razón el poder es comprendido como poder de la palabra, unificándose de este modo la tradición profética y la real: el siervo tiene también la misión de "anunciar". La pregunta de si el siervo -o el mesías- es una figura regia o una figura profética queda ya sin respuesta porque la alternativa ni siquiera es posible.

Conclusión

Los cantos del siervo y las profecías mesiánicas parecen haberse incluido mutuamente y, a su vez, éstas quedan ligadas por una historia en la que unas se refieren y se remiten a otras. Así cuando, por ejemplo, Za 9, 9 hable de "tu rey", se estará refiriendo a unas esperanzas bien concretas. Esperanzas que siguen en pie pese a su incumplimiento.

Cuanto más se acumulan las esperanzas en el señor futuro tanto más se mudan. Las imágenes van más allá de lo históricamente posible hasta llegar a una salvación tal que es imposible pensar ya otra mayor (cfr Jr 9, 6). Con ello se formulan fantásticamente y se desvinculan de situaciones históricas concretas. Pero el fenómeno más sorprendente es la progresiva disminución del poder mesiánico. Primero se limita sólo a la realización de la paz. El "poder de la fuerza" se transforma en un mero "pastorear" hasta que el propio mesías se convierte en "pobre" y "necesitado de ayuda". Uno queda con la impresión de que el AT ha querido desvincular cada vez más su esperanza mesiánica de la imagen del rey que aparece en el Salmo 2. El poder se localiza en la palabra y el *munus regium* cede en favor del *munus propheticum*. Con ello se acentúa la diferencia entre la obra de Dios y la del mesías, y la profesión del poder de Dios se une a la profesión de la impotencia de su representante en la tierra. A la vez el Dios del pueblo es proclamado como Dios del mundo, con lo que la esperanza futura cobra un significado universal. Así la historia de las profecías mesiánicas nos lleva a la paradoja de que la extensión del servicio del mesías crece mientras su poder señorial disminuye.

Sigue abierta, con todo, la cuestión de si las tendencias que aquí se reconocen continúan activas en el tiempo posterior (cfr Dan 7). Pero sea de esto lo que sea, las transformaciones . que hemos señalado hacen ilegítima la presentación de una figura

mesiánica en la que tome cuerpo un señorío nacional. Cada una de las presentaciones del futuro trascienden la esperanza política y en ninguna de las profecías mesiánicas se dice que la liberación de la opresión haya de conducir al dominio sobre otros pueblos o a la ampliación del poder de Israel. Es cierto que Israel conoce distintas esperanzas escatológicas y la mesiánica no es la más importante. Después del exilio aumenta la fe en el señorío futuro de Dios y cede la esperanza en el mesías. Pero ambas esperanzas no se alejan en su contenido; las fuentes de las tradiciones no son dispares. El empalme se insinúa en momentos excepcionales (Is 24, 21ss; 25, 6; Za 14, 9-16) y es objetivamente posible porque en realidad la irrupción del mesías es obra del "celo" de Dios (Is 9, 6).

Tradujo y condensó: ANTONIO PASCUAL PIQUÉ